

# HISTORIOGRAFÍA Y RECREACIÓN DE LA HISTORIA. FELIPE II Y EL DEBATE SOBRE LA MONARQUÍA EN LA RESTAURACIÓN

ROBERTO LÓPEZ-VELA

«Tres siglos ha, el Rey casi no necesitaba ser hombre; hoy necesita ser hombre antes que Rey.

Tres siglos ha, el brillo del trono daba autoridad a la persona; hoy la autoridad de la persona tiene que dar brillo al trono.»

VALENTÍN GÓMEZ, *Felipe II* (1)

## SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—A) FELIPE II: HISTORIOGRAFÍA Y DEBATE POLÍTICO EN LA RESTAURACIÓN.—B) LA VISIÓN DE MENÉNDEZ PELAYO SOBRE FELIPE II.—C) GÓMEZ Y LA ESENCIA CONTRARREVOLUCIONARIA DEL COMPROMISO CATÓLICO.—D) LA FORMACIÓN DEL REY EN LA HERENCIA CATÓLICA.—E) LA PERSONALIDAD DE FELIPE II: UN REY DÉBIL Y ACOMPLEJADO.—F) FELIPE II Y LOS HEREJES DE ESPAÑA.—G) FELIPE II CONTRA ENEMIGOS Y HEREJES: LA GUERRA DE FLANDES.

## INTRODUCCIÓN

La Restauración nació en medio de una formidable polémica histórica sobre la esencia de la nación. Al filo de la publicación de la Constitución de 1876, se produjo una gran controversia en torno a la intolerancia, la Inquisición y sus efectos sobre la ciencia y el pensamiento español. Desde diferentes ámbitos Núñez de Arce, Gumersindo Azcarate (2), etc., llevaron a cabo una crítica encarnizada de las nefastas consecuencias del fanatismo religio-

(1) V. GÓMEZ: *Felipe II. Estudio histórico-crítico por... con una carta prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1879, pág. VI.

(2) J. VARELA: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Tauros, 1999, págs. 34 y ss.; J. ÁLVAREZ JUNCO: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Tauros, 2001, págs. 441-445.

so, que había conducido la nación a la decadencia. Para estos autores, los males de «España» tenían su principio en la Inquisición y el fanatismo. De esta forma, decadencia e intolerancia quedaban equiparadas en una lectura política, que exigía para el progreso la separación Iglesia Estado en la nueva Constitución que se estaba redactando. Intentando mantener la esencia «católica» de los españoles a través de la historia, otros autores como Ortí y Lara (3), García Rodrigo (4) o el mismo Menéndez Pelayo (5), defendieron las virtudes que para España había traído el mantenerse intransigentemente católica. Para ellos, el catolicismo tenía que ser el programa del Estado, que exigía su confesionalidad. Por ello, les sublevaba el artículo 11 de la Constitución de 1876 (6) que, en su opinión, consagraba el laicismo del Estado y convertía a la «herejía» liberal en doctrina de Estado. Cada opción trataba de crear una memoria histórica con la que legitimar su proyecto político.

Pasados los primeros efluvios de la controversia en torno a la Inquisición y *La Ciencia española*, el debate sobre Felipe II adquirió su máxima dimensión (7). La polémica sobre Felipe II fue seguramente la gran polémica histórica del último cuarto del siglo XIX. A lo largo de la década de 1860 se desplazó la controversia sobre la Monarquía y la historia nacional desde el período de los Reyes Católicos al de Felipe II. Indudablemente hay bastantes razones para ello, siendo una de las más significativas el progresivo deterioro de la imagen de Isabel II (8). A medida que se degradaba la situación política, junto

(3) *La Inquisición*, Madrid, 1877. Sobre Ortí y Lara vid. A. OLLERO TESSARA: *Universidad y política: tradición y secularización en el siglo XIX*, Instituto de Estudios Constitucionales, Madrid, 1972; *Filosofía del derecho como contrasecularización. Ortí y Lara y la reflexión jurídica del XIX*, Universidad de Granada, Granada, 1974.

(4) *Historia verdadera de la Inquisición*, 3 vols., Madrid, 1876-1877.

(5) *La Ciencia Española*, 3 vols., CSIC, Madrid, 1953-1954. A. SANTOVEÑA SETIÉN: *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, Santander, 1994, págs. 119 y ss.; M. CAMPOMAR FORNIELES: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1984.

(6) R. SÁNCIEZ FERRIZ: *La Restauración y su constitución política*, Universidad de Valencia, Valencia, 1984.

(7) R. LÓPEZ-VELA: «La integración de la leyenda negra en la historiografía: el hispanismo francés y Felipe II a fines del siglo XIX», en J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. II, Madrid, 2000, págs. 13-67.

(8) G. RUEDA HERNANZ: *Isabel II*, Arlanza Editores, Madrid, 2001; *Ibid.* «Isabel II, novia a la fuerza. La boda», en *La aventura de la Historia*, núm. 36 (octubre 2001), págs. 18-28; J. L. COMELLAS: *Isabel II. Una reina y un reinado*, Ariel, Barcelona, 1999; M. BARRIOS: *Los amantes de Isabel II*, Temas de hoy, Madrid, 2001; E. G. RICO: *La vida y la época de Isabel II*, Planeta, Barcelona, 1999; E. JUNQUEDA: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España. La Casa de Borbón*, Temas de hoy, Madrid, 1992.

la imagen de la reina, resultaba más difícil para los historiadores liberales comparar la imagen del «glorioso» reinado de los Reyes Católicos (9), en el que se había «construido» la nación, y el de Isabel II. Desde finales del reinado de Isabel II el debate histórico en torno a la imagen del rey, se desplazó a Felipe II que ya tenía una gran leyenda negra (10) y una manida apología, como se expresó en la polémica entre Cayetano Manrique y Cañete en 1867 (11). De este modo, a lo largo del reinado de Isabel II, Felipe II y su reinado se convirtieron para los historiadores liberales, en el período clave en el que se decidieron las cuestiones fundamentales de la historia patria.

Después de la experiencia de Fernando VII e Isabel II, la imagen de los Borbones y de la misma Monarquía estaba más que deteriorada. Sin embargo, la personalidad del monarca y su función era central en el sistema político de la Restauración (12). Su papel resultaba insustituible a través de la llamada «regia prerrogativa» en la regulación de la lucha de partidos o en el control del ejército, es decir, en la estabilidad del sistema. Desde antes de su proclamación, Cánovas había puesto el máximo empeño en guiar los pasos de quien iba a ser Alfonso XII. Una vez convertido en rey, logró de forma bastante efectiva adecuar su actuación a las necesidades del sistema. Su función en estos primeros años de la Restauración fue esencial, pero hacia 1879 también arreciaron las críticas sobre el excesivo ascendiente de Cánovas sobre el rey. Para la credibilidad del sistema era imprescindible que se produjese una alternancia de partidos, estableciendo procedimientos de solución a las crisis de gobierno, lo cual requería que el rey asumiese definitivamente su papel de árbitro y garantizase la integración del ejército (13). Era éste un momento singularmente difícil para la supervivencia del sistema.

(9) P. CIRUJANO MARÍN *et alii*: *Historiografía y nacionalismo 1834-1868*, CSIC, 1985, Madrid, págs. 112-116; R. LÓPEZ-VELA: «Judíos, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la historia nacional en 1848», *Manuscrits*, núm. 17, 1999, págs. 86-93.

(10) R. GARCÍA CÁRCCEL: «Felipe II y la leyenda negra», *op. cit.*, págs. 355 y ss.; J. ÁLVAREZ JUNCO: *Mater amantísima*, *op. cit.*, págs. 221 y ss.

(11) R. LÓPEZ-VELA: «Entre leyenda, política e historiografía: el debate sobre Felipe II en España en 1867», J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *Felipe II (1527-1598)*. *Europa y la Monarquía Católica*, vol. IV, Editorial Parteluz, Madrid, 1998, págs. 371-392.

(12) J.M. JOVER ZAMORA: «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902», en M. TUÑÓN DE LARA (dir.): *Historia de España*, vol. VIII, Labor, Barcelona, 1981, págs. 269-406; M. SUÁREZ CORTINA: *La Restauración entre el liberalismo y la democracia*, Alianza, Madrid, 1997.

(13) C. DARDE MORALES: *Alfonso XII*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001, págs. 85-87. Para una descripción pormenorizada de esta coyuntura política y la actuación del rey, *vid.* M. A. LARIO GONZÁLEZ: *El rey piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración, 1875-1902*, págs. 123 y ss.

Fue en este marco en el que se potenció la controversia sobre Felipe II con lecturas de consecuencias políticas bien distintas. En torno a este rey se subsumían las grandes controversias sobre la catolicidad de España, la forma en que esta esencia había afectado al desarrollo de la ciencia y el pensamiento nacional, junto al papel de la Monarquía en la trayectoria de la «patria». Felipe II era todo un símbolo, uno de los grandes referentes históricos en la Europa del ochocientos. A estas alturas del siglo, su persona y su reinado contaban con una historiografía de una abundancia y calidad que muy pocos reyes europeos podían exhibir (14). Su presencia en la literatura o en la pintura no era menor. Sin duda, Felipe II ocupaba un lugar relevante en la construcción de la memoria histórica occidental. En España su presencia era más que notable en la pintura (15) o en la literatura (16) y no se puede dudar que desde mediados del ochocientos, dependiendo de la tendencia del autor, era el referente de lo mejor o lo peor de la nación. De los debates históricos que se desarrollaron en último cuarto del siglo, sin duda, el que giró en torno a Felipe II fue el que contó con mayor dimensión historiográfica. En él se aprecia con claridad la creciente tensión entre el historiadores con tendencia a implicarse en el debate histórico-político y aquellos otros que, siguiendo la estela de los académicos de la Historia, ven el trabajo del historiador de forma más profesionalizada y menos comprometida en trifulca política cotidiana (17). El esfuerzo de estos últimos por construir una memoria histórica para la nación, se presentó protegida tras la pantalla del rigor académico.

La obra aparecida en octubre de 1879 de Valentín Gómez, anteriormente citada, *Felipe II. Estudio histórico-crítico*, constituye una de las aportaciones de más calidad historiográfica y de mayor significado político para entender como se estaba fraguando la imagen conservadora de la historia nacional, la función del rey dentro de la Monarquía, la catolicidad de España, las razones de la decadencia, etc. Su presentación corrió a cargo de Menéndez Pelayo que, a través de una *Carta-prólogo*, trazó un magnífico panora-

(14) Para un análisis de las últimas aportaciones sobre su dimensión historiográfica en la Europa del siglo XIX *vid.* las distintas trabajos aparecidos en J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos V y Felipe II, op. cit.*

(15) C. REYERO: «El siglo más grande de todos los siglos. La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia», en *Catálogo de la Exposición La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX*, Museo Nacional de Escultura, 7 de septiembre/21 de noviembre 1999, págs. 27-85.

(16) J. DÍAZ BORQUE: «Felipe II en la novela histórica española del siglo XIX», en J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos V, op. cit.*, vol. I, págs. 261-278.

(17) I. PEIRÓ MARTÍN: «La historiografía académica en la España del siglo XIX», *Memoria y Civilización*, núm. 1, 1998, págs. 165-196; *Los guardianes de la Historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995.

ma historiográfico sobre este rey y los hitos esenciales de su interpretación. En realidad, el libro de V. Gómez intentaba desarrollar estas líneas maestras con relativa solvencia, utilizando las últimas aportaciones historiográficas para combatir la leyenda negra sobre Felipe II y legitimar un modelo de Monarquía. El autor intentó hacer políticamente comprensible a sus lectores la figura del rey y su época, estableciendo un constante debate teñido de presentismo con las otras interpretaciones historiográficas y políticas. De este modo, la historia debidamente «comentada», ocupó un espacio central en la articulación de la memoria histórica y también en la reflexión y la propaganda política.

#### A) FELIPE II: HISTORIOGRAFÍA Y DEBATE POLÍTICO EN LA RESTAURACIÓN

Seguramente, serán las controversias en torno a la Inquisición y a Felipe II, en cuanto símbolos, las que quedarán como definatorios de lo español durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera parte del XX. En torno a su amplio perímetro se trazaron las líneas maestras del campo de batalla dialéctico sobre las esencias de la nación, en el que se subsumieron otros debates como el de la Inquisición o *La Ciencia española*, etc. Sin embargo, la naturaleza de ambas polémicas fue notablemente distinta. Aplastada por el fragor desatado por la misma trifulca en torno a la Inquisición, el desarrollo historiográfico sobre ella fue bastante limitado hasta los inicios del siglo XX (18). En este campo predomina claramente el panfletismo y la reiteración de los argumentos esgrimidos por la propia tratadística inquisitorial o por J. A. Llorente a principios del siglo XIX. Sobre Felipe II, en cambio, se producirá un destacado despegue historiográfico a partir de mediados del siglo XIX (19).

Menéndez Pelayo, por ejemplo, nunca investigó sobre la Inquisición, es más, manifestó su escaso interés en ocuparse en algo tan desagradable. En la

---

(18) R. LÓPEZ-VELA: «Historiografía inquisitorial, catolicismo y España. Análisis de una trayectoria historiográfica», J. PÉREZ VILLANUEVA/B. ESCANDELL BONET: *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. III, Madrid, 2001, págs. 101 y ss.; «Inquisición y España: los géneros y los ritmos de un debate esencialista en los siglos XIX y XX», en A. PRADO MOURA (coordinador): *Inquisición y sociedad*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1999, págs. 219-260.

(19) J. MARTÍNEZ MILLÁN: «Estudio introductorio» a R. ALTAMIRA: *Felipe II. Hombre de estado*, Alicante, 1977; G. PASAMAR ALZURÍA: «La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración», J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos*, op. cit., vol. II, págs. 121-140; C. BOYD: *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, 2000, págs. 118 y ss.

primera edición de la *Historia de los heterodoxos españoles*, en el volumen aparecido en 1880, se remitió a la obra de Ortí y Lara (20) para quien quisiera conocer más de esta institución. A Menéndez Pelayo, como a los historiadores más rigurosos, lo que le interesaba era la historia de los perseguidos por el Tribunal. A comienzos de la Restauración, investigar sobre estos aspectos suponía referirse, no ya a la persecución de los judíos y su expulsión, como era habitual en la historiografía de Isabel II, sino a los protestantes de Valladolid y Sevilla, al procesamiento del arzobispo Carranza, a los moriscos, etc. Es decir, el período histórico de Felipe II en que la «nación» tomó una posición confesional decida en el interior y en el exterior que marcó su trayectoria histórica hasta la propia Restauración. Proseguía la polémica panfletaria sobre la Inquisición, mientras surgía una interesante historiografía en torno a los grupos y sectores que persiguió.

No es casual que aparezca en los primeros tiempos de la restauración el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. En 1877 apareció el primer número para dar a conocer la historiografía que se estaba intentando promocionar desde la institución. Una publicación que, como reza en la presentación, tiene la «apariencia frívola y ligera, en lo sustancial grave e interesante; que bajo la forma de una producción periódica, cual las que con envidiable éxito da a la luz Corporaciones nacionales y extranjeras de la misma índole, contribuirá a secundar las tareas de los hombres científicos y estudiosos» (21). Efectivamente, repasando el índice de trabajos que aparece en este número y en los siguientes, resulta perfectamente perceptible la huida de los temas históricos más controvertidos en su presente. Efectivamente, la historiografía que con tanto ardor se estaba impulsando por Cánovas y los *guardianes de la historia* (22) desde la Academia, pretendía una «rigurosa» reconstrucción del pasado nacional conservadora en la que los neocatólicos tenían un peso considerable (23).

Sumergidos en sus investigaciones monográficas, procuraron no salirse del guión de lo que debía ser un académico, distanciándose de las trifulcas, sin embargo, no tuvieron inconveniente en inspirar o hacer prólogos a quienes desde posiciones afines entraban en liza. No fueron ellos quienes entraron en la disputa, sino personas directamente patrocinadas por ellos. Escar-

(20) Vol. II, Madrid, 1986, pág. 294.

(21) Imprenta de T. Fortanet, Madrid, 1877, pág. 5.

(22) I. PEIRÓ MARTÍN: *Los guardianes de la historia*, op. cit., págs. 116 y ss.; I. PEIRÓ MARTÍN/G. PASAMAR ALZURÍA: *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historia española y contemporánea)*, Madrid, 1996.

(23) I. PEIRÓ MARTÍN: «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en C. FORCADELL (ed.): *Nacionalismo e historia*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1998, pág. 41.

mentados de las consecuencias de la gresca en torno a la Inquisición y la intolerancia, esto es lo que hicieron para participar en el debate sobre Felipe II sin implicarse directamente. Una forma de proceder que ha tendido a difuminar la trascendencia del debate.

Entre 1877 y 1884 se publicaron las cuatro obras que más proyección tendrán en el resto del siglo en torno a la figura y el reinado de Felipe II. Fueron libros de una entidad historiográfica bien distinta, tanto por su metodología e interpretación, como por el fin que se proponían y la utilización que se hizo de su obra en los años posteriores. En 1877 aparecía la *Princesa de Éboli*, de Gaspar Muro con un importante prólogo de Cánovas del Castillo de alto significado historiográfico. Se trata de una investigación monográfica de gran rigor que utiliza una documentación inédita de notable valor. Sin duda, una de los mejores estudios monográficos de cuantos aparecieron en Europa por aquellos años sobre el reinado de Felipe II. Entre 1881 y 1882 apareció la *Historia del reinado de Felipe II* (24), de Forncron, que rápidamente, 1884, se tradujo al castellano. Este autor llevó a cabo una actualización «historiográfica» de la leyenda negra en torno a Felipe II, que tuvo una notable incidencia en España entre los sectores anticlericales. Para Macías Picavea y otros autores del 98 fue una obra de referencia. Fernández Montaña publicó en 1882 su *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II* (25), el primer libro importante de este autor de una amplísima producción en torno a este rey que llega hasta 1936. Autor de indudable adscripción integrista, su obra tuvo un considerable impacto y no deja de tener cierto interés. Por último, en 1879 apareció *Felipe II. Estudio histórico-crítico*, de Valentín Gómez con una importante carta prologo de Menéndez Pelayo. El de Gómez es un libro de 189 páginas, a caballo entre la filosofía de la historia y la divulgación histórica de calidad, que se detiene en aquellos aspectos de la biografía del rey o su reinado que eran motivo de encendida polémica en aquellos años. Aunque no tan citada, la obra de Gómez no desmerece de otras que gozaron de mayor popularidad y, desde luego, es la visión global más interesante y política sobre el rey y su reinado de cuantas se escribieron en estos años desde una perspectiva conservadora de marcado tinte neocatólico.

Por estos años, sólo hay una referencia en el *Epistolario* de Menéndez Pelayo a V. Gómez, a propósito de la declaración de la Unión Católica el 3 de junio de 1881 en apoyo de Menéndez Pelayo por el llamado brindis del Retiro, con motivo del centenario de Calderón. Un manifiesto en el que se defendían las palabras combativas del autor santanderino al negarse a ser

(24) Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1884. Sobre esta obra *vid.* mi trabajo «La integración de la leyenda negra en la historiografía» *op. cit.*

(25) Imprenta de F. Maroto e Hijos, Madrid, 1882.

«cómplice inocente de una impunidad incompatible con los fueros sagradísimos de la verdad religiosa y de la imparcialidad científica». En este caso la firma de Valentín Gómez aparece junto a otros setenta prohombres entre los que se encuentran el conde de Orgaz, el marqués de Pidal, A. Pidal y Mon, Eduardo de Hinojosa, Ortí y Lara, Aureliano Fernández Guerra, Damián Isern, Joaquín Sánchez Toca (26). Su firma en este manifiesto sólo prueba su adscripción política y su notoriedad. Gómez no formaba parte del selecto círculo de personas con la que se cartea Menéndez Pelayo. De hecho, en el *Epistolario* no hay ninguna noticia de la carta prólogo ni de la obra de Gómez sobre Felipe II.

No resulta muy aventurado apuntar la dirección de Menéndez Pelayo en la elaboración del libro de Gómez. La coherencia de su contenido o su indudable conocimiento historiográfico, incluyendo lo más reciente, resulta bastante inexplicable en un autor más habituado al publicismo o al teatro que al rigor historiográfico (27). Es más, comparando las interesantes precisiones historiográficas de Menéndez Pelayo en su carta prólogo con las afirmaciones al respecto de Gómez, las semejanzas hacen pensar en una misma cabeza pensante. Estas valoraciones requieren un manejo historiográfico y una agudeza que estaban al alcance de pocos. En su carta prologo, se encuentra una magnífica presentación historiográfica sobre el tratamiento de Felipe II, cuyas conclusiones son fundamentales para entender la obra de Gómez. Parece como si los dos autores hubiesen trabajado con un mismo plan y, quizá por ello, no se encuentren aquí los excesos panfletarios de otras obras de Gómez en estos años.

La carta prólogo está escrita en unos meses en los que son frecuentes las alusiones en el epistolario a la vida universitaria y a la redacción del primer tomo de la *Historia de los heterodoxos* que tanto terminarán por denostar los integristas (28). Antes de publicar los capítulos más controvertidos de la *Historia de los heterodoxos*, el autor ya presentaba unos análisis bastante ajenos a los integristas. Cuando Menéndez Pelayo avaló la obra de Valentín Gómez, sabía bien lo que hacía y por esta razón adquieren el mayor interés sus análisis, conclusiones, refutaciones y presentismos.

(26) M. MENÉNDEZ PELAYO: *Epistolario*, FUE, vol. V, Madrid, 1983, págs. 72-73.

(27) El volumen conservado en la Biblioteca Menéndez Pelayo contiene la dedicatoria del autor al polígrafo santanderino que resulta bastante significativa de la relación entre ambos «A Menéndez Pelayo, gloria de la España Contemporánea, su apreciado amigo y entusiasta admirador».

(28) M. CAMPOMAR FORNIELES: *La cuestión religiosa*, op. cit., págs. 210 y ss.



## B) LA VISIÓN DE MENÉNDEZ PELAYO SOBRE FELIPE II

Tal y como señala Menéndez Pelayo en el prólogo, se trata de una obra de «vulgarización acomodada al recto criterio histórico» que «he leído con verdadero placer» (29). No se trata de una investigación, ni tan siquiera de utilizar documentación, sino de resumir «en pocas palabras las últimas investigaciones sobre el particular» (30). De sobra sabe el autor santanderino que Valentín Gómez ha triunfado «en las lides del teatro y en las de la prensa periódica», no en las de la historia, que lo que prologa es «un ensayo» breve en el que el autor demuestra su aptitud para los estudios históricos, nunca más necesitados de «bien intencionados cultivadores». La historia se ha convertido en un «arma de partido» ya sea en la calle o en el Congreso. Y es que, en su opinión, «la falsa historia lo ha invadido todo: en las aulas, en los círculos literarios, hasta en el hogar de la familia, se nutre nuestra juventud con el fruto de las mentiras de tres generaciones: la protestante, la enciclopedista y la ecléctica o doctrinaria». El debate en torno a la historia se ha convertido en uno de los principales ejes de la vida política y para Menéndez Pelayo es una necesidad expresar su posición.

Repitiendo un argumento sobre el que ya había puesto mucho énfasis en la polémica de la *Ciencia española*, afirma que la historia se ha transformado en un arma de partido que ha convertido al pasado nacional en «una diatriba sacrilega contra la fe y grandeza de nuestros mayores, o un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto etc., sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades» (31). En el lenguaje de la época, esto supone distanciarse de la historiografía liberal, pero también de los integristas.

Menéndez Pelayo sabe que Felipe II es «como nadie, víctima de esta falsa historia», a pesar de la minuciosa información que se posee sobre su vida y su reinado. Su caso es un magnífico ejemplo de la «facilidad con que se van trocando en legendario un tipo histórico». Con una notable capacidad de síntesis, repasa los hitos de la leyenda negra y la forma en la que se ha ido transmitiendo. Guillermo el Taciturno y Antonio Pérez aparecen como los grandes fabuladores de aquella, aunque no deja de reconocer que en las *Relaciones* del segundo no hay «graves errores de hecho, aunque sí malignas

---

(29) Para un análisis de la visión historiográfica de Menéndez Pelayo vid. J. A. VALLEJO DEL CAMPO: *Menéndez Pelayo, historiador. Su formación y su concepción de la disciplina*, Santander, 1998.

(30) *Felipe II, op. cit.*, págs. VII y 26.

(31) *Ibid.* págs. VIII.

alusiones y reticencias». Una valoración francamente distinta a la de los integristas, para los que Antonio Pérez era el paradigma de la traición a la patria por haberse pasado al servicio de las monarquías francesa e inglesa (32). No obstante, para Menéndez Pelayo, el autor fundamental de la leyenda negra de este rey, resulta ser «el protestante italiano Gregorio Leti» que en su *Historia de Felipe II* divulgó las más sórdidas patrañas. Él entiende que la popularidad de que gozó Felipe II durante siglos en España, se debió a que permaneció «identificado con todos los sentimientos y cualidades buenas y malas de la raza». Esto impidió que en España penetrara la apología antifilipina, hasta el siglo XVIII.

La imagen que de Felipe II se ha transmitido desde el siglo XVIII, la que tiene su siglo, está forjada no por «ningún historiador serio», sino por «el arte se apoderó de ellas, y las tornó doblemente perniciosas». Schiller, Alfieri los que han creado ese «tirano de tragedia clásica, hombre ceñudo, sombrío y monosilábico, ente de razón, tipo de perversidad moral sin qué ni para qué, y tan impasible y antihumano» que inspira más compasión que odio. Quintana en su *Panteón del Escorial* divulgó esta imagen falsa, «fea, anties-tética, progresista, en suma, del peor género posible». Desde entonces siguiendo su estela se han lanzado todo tipo de poetas, novelistas y escritores, para los que «la tiranía de Felipe II llegó a ser el lugar común de toda arenga patriótica, el grande argumento de los partidos liberales, el coco con que se espantaba a los niños y a las muchedumbres» (33).

Efectivamente, en su carta prologo Menéndez Pelayo demuestra conocer lo mejor de la historiografía aparecida en los últimos veinte años sobre el Rey Prudente. La muerte de Prescott (34) y la interrupción de su historia sobre este rey ha hecho que no haya «encontrado todavía un historiador digno de él». Cita la historia de Felipe II del alemán R. Baumstark (35), que tanto seguirá Valentín Gómez, pero claramente se refiere a una obra divulgativa de cierta seriedad que tampoco le merece gran consideración. Si le importa destacar los importantes avances que se han producido en el conocimiento de Felipe II, gracias a distintas monografías entre las que destaca las de Ca-

(32) J. FERNÁNDEZ MONTAÑA: *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, Imprenta de F. Maroto e Hijos, Madrid, 1882, págs. 343 y ss.

(33) *Felipe II*, op. cit., pág. X. Sobre este tipo de crítica vid. R. GARCÍA CÁRCEL: «Felipe II y la leyenda negra en el siglo XIX», en J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REVERO: *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. I, Madrid, 2000, págs. 353-371.

(34) *Historia del reinado de Felipe II rey de España*, 2 vols., Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1857.

(35) Philippe II, roi d'Espagne, Spoezlcis, 1877.

yetano Rosell (36), Pidal (37), Muro (38), Moüy (39) y muy especialmente Gachard (40), al que no «ha vencido nadie en el campo de estas investigaciones», habiendo resuelto «definitivamente» la cuestión de D. Carlos. «Y para remate y corona de todo, el señor Cánovas, en el *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España* (41), en el prólogo a la *Princesa de Éboli* de Muro y en otros opúsculos, ha formulado discretos y no apasionados juicios generales, que si no son la verdad entera, se acercan mucho a ella» (42). Con este análisis, Menéndez Pelayo se sitúa historiográficamente en un terreno muy próximo a Cánovas, lo cual en 1879, tratándose de Felipe II, tiene profundas implicaciones políticas.

Con pincelada rápida, traza su visión del rey partiendo de que no fue ningún santo y que «como gobernante cometió verdaderos yerros». Afirma que no tuvo grandes cualidades de las que hacen admirable a un hombre, ni fue militar, ni orador ni tuvo ningún otro rasgo que le hiciera amable, «pero ni fue tirano, ni opresor de su pueblo, ni matador de sus libertades, ni tampoco le negará nadie el título de grande hombre». En cambio, sí tuvo importantes cualidades siendo «tenaz, laborioso y persistente: héroe de expedientes y de gabinete». En donde diverge claramente de Cánovas es en la valoración de la acción del rey (43). Para Menéndez Pelayo raramente estuvo dominado por ideas mezquinas o por la razón de Estado y sí lo estuvo por grandes ideas.

Si alguna guerra inició sin plena justificación fue por el peso de la «herencia funesta» de Carlos V, del que ofrece una visión negativa. España luchó contra los «fanatismos revolucionarios» de la reforma y por la «unidad

(36) *Historia del combarte naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1853.

(37) *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, Imprenta de J. Martín Alegría, 3 vols., Madrid, 1862-1862.

(38) *Vida de la Princesa de Éboli*. Prólogo de ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, Madrid, 1877.

(39) *Don Carlos et Phillipp II*, Librairie Academique, París, 1862.

(40) *Don Carlos y Felipe II*, Editorial Lorenzana, Barcelona, 1963. La edición original es de 1863.

(41) Prólogo de E. ILLÁN CALDERÓN, Editorial Algazara, Málaga, 1992. Para un análisis de la figura de Cánovas como historiador continúa teniendo interés la obra de E. ILLÁN CALDERÓN: *Cánovas del Castillo. Entre la historia y la política*, Madrid, 1985; J. M. JOVER ZAMORA: «Restauración y conciencia histórica», en VV.AA. *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1997, págs. 331-363; «El pensamiento canovista y los manuales escolares de Historia en la época de la Restauración», en *Cánovas del Castillo y su tiempo*, Real Academia de la Historia-Fundación Ramón Areces, Madrid, 1997, págs. 87-130.

(42) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., págs. XII.

(43) *Bosquejo*, op. cit., págs. 75 y ss.

de su pueblo». Lo primero, le llevó a luchar en casi todos los escenarios europeos, lo segundo, le condujo a la conquista de Portugal. Evidentemente, Menéndez Pelayo participa respecto a lo primero en la caracterización de Felipe II como rey acomplejado ante la figura de su padre e incapaz de desarrollar una política propia. Una idea en la que había insistido Cánovas (44) y que comenzaba a extenderse en la historiografía oficial. En lo segundo es evidente su identificación con las ideas iberistas tan extendidas en la época. «Nuestra decadencia vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que a tan desangrarse resista; pero los grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos bien como católicos y como españoles; lo demás ¿qué importa?» (45). Una concisa interpretación de la decadencia nacional que Gómez matizará.

Menéndez Pelayo se muestra de acuerdo con la valoración que V. Gómez hace de la política exterior de la Monarquía Católica en cuanto brazo del catolicismo contra los «fanatismos revolucionarios». Frente a la extendida condena del despilfarro de recursos humanos y económicos que supuso el sostenimiento a esta política, defiende «el sublime espectáculo de un pueblo que, no por interés material, sino contra su interés, descende solo al palenque para romper lanzas en pro de una idea contra todo el mundo conjurado. Si esto no es noble abnegación, no se donde está la grandeza». El martirio no es afrenta, sino corona y el «triumfo (político) de la Reforma no podía significar otra cosa que la anulación del espíritu latino y el imperio de la barbarie septentrional».

En lo referente al análisis de la personalidad del rey y los «negocios interiores», Menéndez Pelayo se muestra básicamente satisfecho con la síntesis de Valentín Gómez, porque mientras «no aparezcan documentos nuevos» no hay más que decir. Efectivamente, poco después, en su *Historia de los heterodoxos* (46), mantendrá una visión sobre el Rey Prudente bastante semejante a la de Gómez. No obstante, hay dos cosas sobre las que rectifica al autor que prologa. En la primera le critica por considerar a Servet oriundo de Valencia, cuando en el proceso le consideran natural de Tudela y de Villanueva de Sixena, población de Aragón. Pero ésta es una consideración menor. La segunda rectificación tiene mayor peso, recriminándole el que «no se haya extendido más en considerar a Felipe II como protector espléndido de ciencias, letras y artes, poniendo de manifiesto la sinrazón notoria con que se tacha de opresor ignorante, verdugo del pensamiento, etc.» (47). Menéndez

(44) *Ibid.* págs. 66 y ss.

(45) V. GÓMEZ: *Felipe II, op. cit.*, pág. XIII.

(46) *Historia de los heterodoxos, op. cit.*, vol. I, págs. 930 y ss. y especialmente el capítulo dedicado al proceso del arzobispo Carranza en *Ibid.*, vol. II, págs. 4 y ss.

(47) V. GÓMEZ: *Felipe II, op. cit.*, pág. XIV.

Pelayo se subleva contra la consideración oscurantista y de enemigo del saber del Rey Prudente, cuando levantó El Escorial, estableció una academia de matemáticas en Palacio, encargó cuadros a Tiziano, mandó hacer estadística y el mapa geodésico de la Península, costó la Biblia políglota, favoreció los estudios de botánica, los trabajos metalúrgicos de Bernal Pérez de Vargas, potenció la enseñanza de la filosofía luliana, comisionó a Ambrosio de Morales para registrar los archivos de las iglesias, etc. Este papel de mecenas, actualmente, es un lugar común historiográfico sobre Felipe II. Sin duda, Menéndez Pelayo tenía una visión más informada que Gómez.

### C) GÓMEZ Y LA ESENCIA CONTRARREVOLUCIONARIA DEL COMPROMISO CATÓLICO

En la semblanza que traza Juan Vázquez de Mella de la persona de Valentín Gómez en la publicación de sus obras escogidas (48), da cuenta de su actividad literaria y periodística en publicaciones próximas al carlismo. Por entonces era un joven abogado aragonés impetuoso y empeñado en la causa del tradicionalismo. Fue consejero del pretendiente Carlos VII, director de varias publicaciones periódicas vinculadas al movimiento, que ya había sacado a la luz alguno de los libros de propaganda más conocidos en la época contra el liberalismo desde posiciones carlistas (49), también había sido mentor intelectual de algunos destacados manifiestos carlistas del sexenio (50). No obstante, lo que le valió su nombramiento como académico de la Real Academia fue su dilatada obra literaria, buena parte de ella de temática histórica, que en su mayor parte desarrolló con posterioridad a su libro sobre Felipe II.

Efectivamente, la obra de Valentín Gómez no tiene pretensiones historiográficas. Apenas cita fuentes y sus referencias historiográficas no son muy abundantes, aunque sí bastante claras. Por supuesto, la traducción francesa de la obra de Baumstark ocupa un lugar central, junto a la continuación de la *Historia de España* de Mariana llevada a cabo por Miniana (51). Además de estas obras, hace referencia a Cánovas en su prólogo al libro de Muro, a la *Historia de la Iglesia* de Alzog, la *Historia de Felipe II* de Prescott, los libros de Gachard y Mouÿ sobre las relaciones entre Felipe II y su hijo D. Carlos, distintos

(48) *Obras selectas de Valentín Gómez de la Real Academia Española*. Ediciones Fax, Madrid, 1945, pág. 21.

(49) *Los liberales sin máscara*, Antonio Pérez Dubrull, Madrid, 1869.

(50) A. WILHELMSSEN: *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Actas, Madrid, 1995, págs. 421, 446-447.

(51) Tres vols., Imprenta de Gaspar y Roig Editores, Madrid, 1852.

trabajos de Mignet, los tomos del marqués de Pidal sobre las alteraciones de Argón, etc. Entre las importantes historias de España publicadas en el reinado de Isabel II, la de Cabanilles (52) es la que le merece más consideración y a ella recurre con cierta frecuencia, a la de Modesto Lafuente (53) apenas la cita una vez y del resto de las historias de España no hace mención.

El autor no quiere abrumar al lector con citas eruditas. Globalmente, la obra de Valentín Gómez es una especie de repaso ordenado y bastante sistemático por los aspectos políticos del reinado que por entonces más preocupaban. No hay abundancia de detalles. Al autor le interesa sobre todo destacar las líneas maestras, los personajes fundamentales, especialmente la personalidad del controvertido rey, contestar a la leyenda negra a través de los pasajes que habían tenido un tratamiento más escabroso en la literatura y el panfletismo. No explicita su visión de la historia, pero sí deja claro la importancia del providencialismo en el devenir, tanto en lo que se refiere a las personas, como a las naciones. Frente a quienes pretenden que la historia sirva para pronosticar el futuro, en su opinión no se puede entender a Felipe II «sin tener en cuenta el estado del mundo por aquel entonces, las ideas de la época, la índole del pueblo que gobernaba, las graves complicaciones que había heredado, y hasta las leyes inescrutables de la Providencia divina, que parecen señalar un límite a la prosperidad de las naciones, y en llegando al cual no hay más remedio que retroceder por la pendiente harto rápida de la decadencia» (54). Hay un conjunto de factores históricos, que son los que a él le preocupan y los que trata de descentrañar en su libro, pero junto a ellos están las inescrutables leyes de la providencia, que impiden establecer cualquier regla o pronóstico.

Desde una perspectiva inequívocamente antirrevolucionaria, Valentín Gómez, como antes lo había hecho Balmes (55), traza constantes paralelismos entre las «revoluciones» del siglo XVI y las de su siglo, para situar al lector dentro del contexto crispado en el que Felipe II tuvo que gobernar. «La revolución, para darle el nombre moderno, levantaba arrogantemente la cabeza en todas partes; y no sólo con las armas de la ciencia y de la propaganda pacífica, sino con las del bien templado acero, intentaba trastornar el orden de las cosas establecido dando — como hoy acontece — a los reyes apóstatas atribuciones, jurisdicción y derechos que por ningún concepto les corresponden y procurando minar los tronos de los Monarcas que no ven-

(52) *Historia de España*, 5 vols., Imprenta de J. Martín Alegria, Madrid, 1860-1863.

(53) *Historia General de España*, 30 vols., Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1850-1867.

(54) V. GÓMEZ: *Felipe II. op. cit.*, págs. 10-11.

(55) *El protestantismo comparado con el catolicismo en su relación con la civilización europea*, 3 vols., Imprenta Barcelonesa, Barcelona, 1879.

dían su conciencia al diablo» (56). Esta revolución, no obstante, no sólo afectaba a las relaciones entre el poder temporal y la Iglesia, también «excitaba las viles pasiones del populacho, arrastrándole a todos los excesos comunistas», como habían demostrado los secuaces de «Muncer». En la obra de V. Gómez, la revolución es la viva imagen de la hidra de las siete cabezas, de la peor expresión del género humano y ninguna peor que aquella que había iniciado Lutero rompiendo la unidad cristiana. Desde que la «rebelión protestante, a un tiempo religiosa y política», rompió la «comunidad de naciones» que formaba la «Cristiandad» y se torció la marcha de la civilización, ha imperado el espíritu de secta y la mentira.

Cabanilles ya había señalado que «la intolerancia era entonces general: los sectarios fueron los más crueles» (57). Éste es un argumento en el que insistió mucho la historiografía conservadora. Citando a Cánovas, entiende que la comprensión de la época y la herencia recibida cobra una importancia central para situar los presuntos excesos y defectos del rey (58). En este punto, del que tanto habló la historiografía conservadora durante el siglo XIX, una vez más aparece «la afrenta mayor del género humano, la noche verdaderamente horrible de San Bartolomé», las ejecuciones de Calvino, Servet, la «Cummune» de París, las persecuciones de Diocleciano, la «pérfida y lujuriosa» Isabel de Inglaterra, los que justifican la violencia de la Revolución francesa y se escandalizan por «una gota de sangre derramada por un rey católico, una hoguera encendida por la Inquisición» (59). Todo vale para justificar la acción de Felipe II contra la «revolución».

La realidad es que la violencia que empleó Felipe II contra los herejes, según el autor, fue mucho menor que la llevada a cabo por éstos contra los católicos y, desde luego, bastante más justificable, porque él defendía el orden establecido frente a la revolución. Además hay que entender la naturaleza del pueblo español, porque «sería el colmo de la injusticia culpar a un hombre solo por los defectos o de los errores cometidos por todo un reino o una edad entera» (60). Los terrores y crueldades del pasado y del presente se dan cita para justificar las acciones de Felipe II facilitando al lector su identificación con el personaje. «Pero ¿cómo tienen valor de horripilarse de tales cosas los que han inventado los consejos de guerra y los estados de sitio, que ponen a un país entero al caprichoso arbitrio de un oscuro soldado», cuya única noción del gobierno y la autoridad están en los artículos de la ordenan-

(56) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 51.

(57) *Historia de España*, vol. V, op. cit., pág. 346.

(58) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 8.

(59) *Ibid.* págs. 8-11.

(60) *Ibid.* pág. 31.

za? (61). Gómez advierte al lector que su propio presente histórico no sólo es más cruel, también es más intolerante y, por ello, le pide que tenga en cuenta las circunstancias del siglo XVI, sabiendo que quienes critican al rey son y han sido los enemigos del orden.

#### D) LA FORMACIÓN DEL REY EN LA HERENCIA CATÓLICA

En el *Felipe II* de Valentín Gómez, los Reyes Católicos son el comienzo de la existencia de España y del programa político que la ha constituido como nación. Así la unidad religiosa y política, el Estado, la bandera roja y gualda, junto a la grandeza, tienen su inicio entonces, aunque con importantes contradicciones que progresivamente irán adquiriendo mayor peso. Los distintos reinos seguían manteniendo sus costumbres y leyes propias, permanecían los árabes, «un pueblo vencido y humillado» después de haber dominado durante siglos la península, siendo como era «incompatible» con los españoles. Es decir, un pueblo que configuraba una «nación» distinta y enemiga de la nación española. A ello habría que añadir «la despoblación y miseria de un país asolado por su guerra tradicional» con los árabes y por sus compromisos internacionales entre los que el enfrentamiento con Francia adquiriría las características de «duelo a muerte» (62). El descubrimiento de América también tuvo una gran importancia en todos los terrenos, pero excitó la codicia de gran parte de la «juventud española, cuya intrepidez y vigor podían ser estériles y aun perjudiciales si no se les encaminaba directamente a un fin patriótico y ordenado». De otro modo, para un pueblo como el español, habituado a la miseria y las privaciones, las riquezas repentinas provenientes de América podían ser fatales. Éste es el grandioso y difícil legado que los Reyes Católicos transmitieron a la dinastía austriaca.

Frente a las reticencias con las que Menéndez Pelayo analizó la llegada de la dinastía austriaca, una «dinastía extranjera», tal y como señala en el prólogo, Valentín Gómez lanza las mayores loas al emperador siguiendo la estela de Cánovas (63). «Carlos V, guerrero admirable, político hábil y resuelto, hombre de condiciones tales que otro como él es difícil hallarle en toda la extensión de la historia humana» (64). Sólo su genio superior, «héroe

(61) *Ibid.* pág. 53.

(62) *Ibid.* págs. 14-15.

(63) *Bosquejo, op. cit.*, págs. 44 y ss.

(64) *Felipe II, op. cit.*, pág. 15. Para un análisis más detenido del tratamiento historiográfico del emperador en la historiografía del ochocientos *vid.* G. PASAMAR AIZURÍA: «La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración», en J.



infatigable», permite explicar el que la unión de distintos reinos bajo su centro imperial no fuese un fenómeno «efímero como una sombra». Con su «mirada de águila y ánimo varonil» fue capaz de dominar las circunstancias, haciendo frente a la «revueltas intestinas de Castilla», a los protestantes alemanes, a los turcos y a Francia. En la pluma de V. Gómez, las Comunidades ya no son una gloriosa revolución nacional, como lo habían sido para Ferrer de Río, Modesto Lafuente y el conjunto de liberales de la época de Isabel II (65). Siguiendo las pautas trazadas por Cánovas, a V. Gómez le parecen una revuelta de dudosos intereses a la que apenas dedica atención.

Al igual que los integristas, Valentín Gómez maneja un concepto de herejía cuya definición conservaba los elementos más significativos de los expuestos por Santo Tomás y desarrollados por Orti y Lara (66). Ruptura con la Iglesia y concupiscencia eran términos sinónimos y, por tanto, el control de lo uno y lo otro adquiriría la mayor importancia en «una época en que las herejías se habían desarrollado cabalmente a la sombra de todas las pasiones inmundas» (67). En consecuencia, la lucha de los españoles contra los herejes, lo es también contra la perversión moral y sexual. La personalidad moral y ética del rey es tan fundamental para los autores conservadores, porque en su comportamiento se identifica una política y una religión que no puede ser otra que la católica. «Si la primera condición de un gran rey es que tenga un pensamiento generador de su política, al cual encamine todos sus esfuerzos y sacrifique hasta sus propios particulares intereses, nadie puede negar que Felipe II cumplió con aquella condición» (68). En estos parámetros difícilmente se puede entender a un rey corrupto y vicioso llevando a cabo una lucha contra la herejía. Por ello, si Felipe II tenía que ser la bandera más significativa de la esencia católica de España, no se podía tolerar el que determinadas «calumnias» contra su persona siguiesen sin la adecuada respuesta.

Valentín Gómez no pretende dar a conocer los pormenores de la biografía del rey. Selecciona los temas y problemas que le interesan para llevar a

---

MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos V*, op. cit., vol. II, págs. 121-140; I. PEIRÓ MARTÍN: «La fortuna del emperador: la imagen de Carlos V entre los españoles del siglo XIX», en *Ibid.*, págs. 153-194; R. LÓPEZ-VELA: «Carlos V y España en la obra de Modesto Lafuente. La interpretación liberal de la nación española dentro del imperio de los Austrias», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (ed.): *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, vol. III, Madrid, 2001, págs. 153-259.

(65) R. LÓPEZ-VELA: «Comunidades, ciudades y conflicto social en la historiografía del ochocientos. Entre la revolución y la decadencia», en J. BRAVO LOZANO (ed.): *Espacios de Poder. Cortes, ciudades y villas (S. XVI-XVIII)*, vol. II, Alicante, 2002, págs. 499-542.

(66) *La Inquisición op. cit.*, págs. 15 y ss.

(67) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 99.

(68) *Ibid.*, pág. 31.

cabo una reivindicación, que no apología, de la actuación del rey, «porque no es el rey Felipe intachable, a fuer de imperfecta criatura humana, y no se sirve mejor a la Iglesia y a la patria ocultando parte de la verdad que diciéndola entera», máxime cuando de la ocultación pueden sacar provecho «el enemigo» (69). Ésta es una posición bien distinta a la que mantendrá Fernández Montaña sobre Felipe II contestando cada acusación contra el rey para hacer un panegírico del conjunto de su actuación (70).

Según Valentín Gómez, dos acontecimientos marcan la infancia del príncipe Felipe. Por un lado, la muerte de su madre, Isabel de Portugal que segó su infancia. Por otro, la lejanía frecuente de su padre no hizo disminuir su cariño, pero sí le llevó a reconcentrar sus sentimientos, dando «a su carácter la austera gravedad que le distinguió hasta el último instante de su vida» (71). Efectivamente, el rey será definido desde la infancia como una personalidad contenida, sombría, casi tétrica, rigurosa, poco dado a los placeres mundanos o a las muestras de cariño. Los rasgos distintivos de su personalidad se encuentran delineados a muy temprana edad, porque Felipe fue un príncipe muy prematuro que a los 17 años, asistido por un Consejo, quedó al frente de los negocios de España en ausencia de su padre. Cómo no, V. Gómez también resalta la admiración del hijo por el padre, «como suele sentir el talento por el genio, no olvidó jamás aquellos consejos, que fueron norma de su conducta». De este modo, el príncipe Felipe asimiló de su padre la imperiosa necesidad de luchar contra la herejía y la clara conciencia de que ningún otro poder que no fuese España podría salvar al catolicismo de su extinción.

En el viaje de Felipe por los estados del Imperio en 1548, el joven príncipe se dio a conocer al mundo y tomar contacto con quienes debían ser sus vasallos en el futuro. La descripción que de la experiencia hace Valentín Gómez, sirve para situar lo que van a ser los conflictos futuros. El joven príncipe era de trato y figura agradable, pero «la extrema gravedad de su traje, la gravedad de sus maneras, su hablar pausado y bajo, el desconocimiento absoluto de las lenguas del país», no causó buena sensación entre «los expansivos flamencos». La impresión no fue mejor entre los alemanes, «aquellos insaciables bebedores de cerveza», que contemplaron con profundo desagrado que el «hijo del emperador no bebía más que agua». Aquello que para el resto constituía motivo de desagrado, para los españoles lo era de orgullo, porque revelaba el «puro españolismo» de su futuro rey (72).

(69) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 7.

(70) *Nueva luz*, op. cit.

(71) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 20.

(72) *Ibid.*, págs. 23-24.

Gómez también dibuja con trazos nítidos la diferencia entre Carlos y Felipe para explicar las distintas fases de la grandeza nacional. Frente a un triunfante emperador cosmopolita, viajero, jovial y capaz de entenderse con sus vasallos en sus respectivas lenguas, su sucesor es inequívocamente español con costumbres y comportamiento que destilan la esencia austera y sobria de la nación, que encajan mal con las costumbres licenciosas de otras «naciones» de sus dominios. Al tiempo, en Felipe II «no se advertía ningún rasgo de vigorosa iniciativa; ardía, empero, dentro de su alma la inextinguible luz de la fe religiosa, por la cual todos los sacrificios le parecían escasos». La imagen de Carlos V resultante era bastante semejante a la que proyectaba Alfonso XII (73): ambos con idiomas, con hábito de viaje, jovialidad, fácil comunicación, iniciativa, etc. Un paralelismo que ayuda a comprender la insistencia de Gómez en la figura del emperador.

#### E) LA PERSONALIDAD DE FELIPE II: UN REY DÉBIL Y ACOMPLEJADO

Cerca de la mitad de la obra de Valentín Gómez está dedicada a deshacer la leyenda sobre la inmoralidad y el consabido carácter monstruoso del rey. Eran las imágenes siniestras que había manejado la literatura, el publicismo o la pintura y que a estas alturas había pulverizado la historiografía. Dos son los aspectos en los que se detiene: por un lado, las relaciones entre el rey y su hijo D. Carlos, por otro, sus relaciones con Antonio Pérez y la princesa de Éboli.

Respecto a D. Carlos, cita en numerosas ocasiones a Gachard y Mouÿ, aunque se dedica más a dibujar el carácter perverso de D. Carlos siguiendo a Prescott (74) y añadiendo algunos de los elementos trazados por Gachard (75). En la obra de Gómez, el carácter difícil pasa del padre al hijo que adquiere los tonos más retorcidos en este último. No hay maldad que no se le pueda achacar desde sus primeros años (76). Precisamente por ello, Felipe II estuvo muy preocupado desde los primeros años de su hijo viendo su carácter torcido y procurándole los preceptores más distinguidos. Evidentemente, considera falsas las acusaciones sobre las relaciones entre el príncipe y su madrastra Isabel de Valois. Valentín

(73) C. DARDE: *Alfonso*, op. cit., págs. 43 y ss.; M. A., LARIO GONZÁLEZ: *El rey*, op. cit., pág. 108.

(74) *Historia del reinado*, op. cit., vol. II, págs. 509 y ss.

(75) GACHARD había ofrecido un análisis pleno de información en torno al desequilibrio emocional del príncipe, valorándole como una persona muy cercana a la locura. Su acusación respecto a su padre, Felipe II, es el no haber sabido ser humano ante la tragedia de su hijo. *D. Carlos*, op. cit., págs. 321 y ss.

(76) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., págs. 57 y ss.

Gómez no se pronuncia con certeza sobre los contactos de D. Carlos con los rebeldes de flamencos (77), tal y como había apuntado A. Pérez y Prescott (78), pero sus sugerencias se dirigen en ese sentido. Su muerte, fruto de sus excesos en la comida en medio de su encierro, contribuyó a crear la leyenda en torno a D. Carlos culpando a su padre, por acción u omisión. Sin embargo, la investigación de Gachard y Moüy, según el autor, han demostrado la falsedad de semejantes acusaciones. No obstante, sí se advierte «una prudencia y una lentitud tales por parte de D. Felipe, que seguramente no hubiera tenido en su caso el emperador Carlos V» (79). Se puede coincidir con Prescott y «censurar en Don Felipe la severidad del castigo; pero nadie puede poner en duda su justicia» (80). Sin embargo, sí afirma sin género de dudas que ni Fernando el Católico ni Carlos V habrían soportado con tanta paciencia y resignación estos males en el príncipe heredero. Un buen padre al que los problemas paralizan, ésta es la visión final de Gómez, convirtiendo a Felipe II en un padre al uso del ochocientos ajeno al complejo funcionamiento de las casas reales del Antiguo Régimen. Forneron, poco después, también llevará a cabo esta «actualización» de las relaciones entre Felipe y su hijo, pero desde la condena: la frialdad patológica del rey, rayana en la crueldad, impidió que actuase como un padre normal, llevando a su hijo a la desesperación (81).

Gómez presenta a Felipe II como sujeto paciente de las maldades de D. Carlos, en cambio, en la trama de Antonio Pérez el rey aparece como protagonista. En el libro, los capítulos más informados y más interesantes para conocer la personalidad del rey, se sitúan en torno al análisis de la muerte de Escobedo y el caso de Antonio Pérez. Efectivamente, cuando Valentín Gómez escribe sobre Felipe II hay una importante bibliografía entorno a estos complejos sucesos. Junto al conocimiento que Gachard y Moüy habían proporcionado sobre las relaciones entre D. Carlos y su padre, lo relacionado con Antonio Pérez y princesa de Éboli era lo más investigado del siglo. A los trabajos de Mignet (82) y Bermúdez de Castro (83) sobre Pérez, se habían añadido los fundamentales tomos de Pidal y, sobre todo, la obra de

(77) Siguiendo la estela de GACHARD, *D. Carlos, op. cit.*, págs. 369 y ss., entiende que el deseo del príncipe de pasar a los Países Bajos, más que a los contactos con los protestantes, obedecía a su deseo de escapar de su padre.

(78) *Historia del reinado, op. cit.*, vol. II, págs. 553 y ss.

(79) V. GÓMEZ: *Felipe II, op. cit.*, pág. 88.

(80) *Ibid.*, pág. 91.

(81) *Historia de Felipe II, op. cit.*, págs. 153-161.

(82) *Antonio Pérez y Felipe II*, Prólogo de H. KAMEN, Madrid, 2001. La edición original es de 1845.

(83) *Antonio Pérez, secretario de Felipe II. Estudios históricos*, Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1841.

Muro. Mientras el esclarecimiento de los sucesos en torno a D. Carlos era un mérito de la historiografía belga y francesa, los descubrimientos sobre Pérez, princesa de Eboli y los sucesos de Aragón eran esencialmente una aportación de la historiografía española.

Una pieza esencial en la descripción de Felipe II es su relación con su hermanastro D. Juan de Austria. Mientras el rey era «de un entendimiento minucioso, de una prudencia que rayaba con la estrechez, y de un carácter muy desconfiado ya en el último tercio de su vida, estaba lejos de concordar con aquel caballero andante (se refiere a D. Juan) que aunque ni viejo ni manchego, pudo tal vez servir de modelo a Cervantes» (84). Con esta caracterización el rey, legítimo heredero de la corona, no era, en cambio, el heredero del espíritu de su padre. El idealista, el nuevo caballero andante, el alma de «los fogosos arrebatos del genio», era el hijo ilegítimo del emperador. «Diríase, afirma Gómez, que uno y otro habían nacido para entenderse y completarse, siendo D. Felipe la cabeza directora y D. Juan el brazo ejecutor» (85). Sin embargo, los acontecimientos discurrieron por canales bien diversos. D. Juan no se satisfacía con menos que la «regia púrpura» y aunque el rey entendió afectuosamente sus pretensiones, no dejó de analizarlas con creciente desconfianza. En este cuadro de recelos por parte del rey, fue en el que Pérez actuó sembrando la cizaña entre los dos hermanastros.

Siguiendo a Muro, Valentín Gómez presenta a un Pérez íntimamente ligado a la princesa de Éboli, de costumbres disipadas que vivía en el lujo, venal y corrompido que utilizaba su cargo e influencia con el rey para lograr todo tipo de beneficios y favores (86). En definitiva, un hombre que siendo «vil en todo, mal podía ver con buenos ojos el alto vuelo de los pensamientos de D. Juan». Hombre de grandes habilidades y valía, aunque licencioso, el autor se sorprende de como un rey tan recto como Felipe II podía emplearlo en puestos de tanta responsabilidad e influencia, máxime en tiempos en los que el ejercicio del poder brindaba al rey tantos medios de actuación incontrolables, plenamente aceptados para la opinión pública de aquellos años. Entre ellos destacaba la capacidad del rey para condenar a muerte a los criminales de Estado sin necesidad de recurrir a juicio. Es cierto que esta forma de pensar «no era admitida ni por la teología ni por la legislación» y las Partidas lo manifiestan claramente, pero era «el común sentir de los ignorantes, y aun de los doctos» (87). Fue esta opinión la que llevó a Felipe II, engañado

(84) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., págs. 127-128.

(85) *Ibid.*, págs. 121-122.

(86) Era ésta una visión tradicional en la leyenda negra que MIGNET ya había recogido en su influyente *Antonio Pérez y Felipe II*, op. cit., págs. 75 y ss.

(87) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 134.

por su secretario, a ordenar la muerte de Escobedo. Con este análisis, Gómez se está distanciando claramente de los métodos de gobierno de aquella edad gloriosa y condena sin tapujos la actuación del rey, porque para matar a un hombre hay que probar su culpabilidad «tan clara como la luz del mediodía». No pone en duda la responsabilidad de Felipe II en el asesinato del secretario de su hermano, pero como Cánovas considera culpable a la época más que al rey (88).

Según Valentín Gómez, la muerte de D. Juan de Austria en ningún caso se puede considerar responsabilidad del rey, como han pretendido algunos malintencionados, pero el asesinato de su secretario y la falta de medios con que tuvo que dirigir la guerra en los Países Bajos, es decir, las circunstancias creadas en la corte, «tal vez contribuyeron a acelerar» su muerte. La responsabilidad del rey al respecto, sin ser directa, sí fue importante, según el autor. Los conflictos en la Corte, los escándalos de Pérez, etc., finalmente llevaron a Felipe II a tomar la resolución de juzgar duramente al secretario real. «Todos los caracteres débiles e indecisos suelen pecar de duros una vez resueltos a dar señales de su poder, y es mayor la dureza cuanto más tiempo hayan tardado en resolverse» (89). Esto fue lo que le sucedió a Felipe II, harto de los desmanes de Pérez y la amante de éste, la princesa de Éboli. En este punto Valentín Gómez no duda en rebatir la opinión de Cánovas (90) cuando éste afirma que la dureza de la decisión del rey, muy posiblemente se debiese a que fue rechazado como amante por la princesa. Para Gómez, ésta es una sospecha «y ya se sabe que las sospechas en la historia tienen muy escaso valor» (91). En nota aclara que ninguna de las «acusaciones dirigidas contra Felipe respecto de amoríos ilícitos ha sido hasta hoy demostrada con documentos». Lo cual prueba que «si no fue completamente casto, fue profundamente cauto». Gómez está lejos de defender como principio fundamental la castidad del rey a lo largo de toda su vida, como muy poco después haría Fernández Montaña (92). Forneron coincidirá con Gómez y el grueso de la historiografía en el carácter débil del rey, pero acusando a éste de ser una persona fría y extremadamente calculadora (93).

Gómez incorpora gran parte de la mejor investigación que se había generado en los últimos años, pero su valoración general sobre el rey se mantiene en las pautas que en 1863 había señalado Cabanilles. Para éste, Felipe II era

(88) A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo*, op. cit., págs. 109 y ss.

(89) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 155.

(90) Prólogo a la obra de G. MUÑOZ: *La princesa de Éboli*, op. cit., págs. XIX y ss.

(91) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 156-159. La cita corresponde a pág. 159.

(92) *Nueva Luz*, op. cit., págs. 377 y ss.

(93) *Historia de Felipe II*, op. cit., págs. 267 y ss.

«el rey más laborioso que ha tenido España, el más político, el que gobernó con menos brillo, pero con mejor acierto que su padre». Pero a pesar de todas estas virtudes marcadas por la mediocridad, o quizá precisamente por ello, «nos apresuramos a decir que encontramos en él algo sombrío y repulsivo, y que si hubiéramos de buscar a un amigo entre los reyes de España, no elegiríamos ciertamente al fundador de El Escorial» (94). El mismo Cánovas había aportado mucha información e interesantes valoraciones para desarrollar las líneas trazadas por Cabanilles, hasta construir una visión básicamente justificadora de lo ejecutado por el rey, pero no de su persona.

#### F) FELIPE II Y LOS HEREJES DE ESPAÑA

Lo más doloroso para Felipe II fue el descubrimiento de los focos protestantes que habían llegado a «inficionar hasta los conventos de uno y otro sexo, los cabildos, y tal vez alguna sede episcopal, según llegó a sospecharse de la de Toledo, ocupada por fray Bartolomé Carranza» (95). Un argumento que ya había desarrollado en 1851 Adolfo de Castro desde una perspectiva liberal, potenciando la leyenda negra en torno al Rey Prudente (96), aunque a quien contesta el autor es a Prescott (97). En la versión de Gómez, al saber la noticia de los focos protestantes, la preocupación del rey fue máxima, consciente de cuanto ocurría en Europa y sabiendo que en la misma España «las costumbres estaban tan sueltas en todas las clases, sin exceptuar la de los ministros de Dios» (98). «Causan horror las sentencias y los procedimientos de la Inquisición, y este tribunal tan severo, pero incorruptible entonces y escrupuloso como ninguno, cosa que no puede decirse de todos los tribunales que hoy funcionan» (99). Sus argumentos no difieren en este punto fundamental de los que por estos años estaban esgrimiendo los integristas, defendiendo lo hecho por una Inquisición severa, pero justa (100).

Efectivamente, Valentín Gómez no dedica ningún esfuerzo a detallar quiénes eran los «herejes» o el auto de fe de Valladolid al que asistió Felipe II, ni al proceso de Carranza. Una figura y un proceso difícil, en el que tanto Balmes como Cabanilles habían dejado claro que sólo podía entender-

(94) *Historia de España*, vol. V, *op. cit.*, págs. 332-333.

(95) *Ibid.*, págs. 49-50.

(96) *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, Cádiz, 1851.

(97) *Historia del reinado*, *op. cit.*, vol. I, págs. 428-462.

(98) V. GÓMEZ: *Felipe II*, *op. cit.*, pág. 99.

(99) *Ibid.*, pág. 52.

(100) M. ORTÍ Y LARA: *La Inquisición*, *op. cit.*, pág. 254.

se desde la intolerancia y el rigor de aquellos tiempos (101). No es esto lo que le interesa a V. Gómez, aunque para entonces contaba con alguna obra interesante para adentrarse en este pasaje (102). Lo que le importa es justificar al rey en este terreno. Felipe II no ordenó el destierro o la muerte de familias enteras o amplios grupos de población, como hacen los gobiernos contemporáneos. Es cierto que proclamó un «estado de sitio», pero éste «no suspendía ningún derecho constitucional, ni impedía la reunión de las Cortes castellanas y aragonesas, limitándose a aumentar la vigilancia y el rigor sobre los culpables, y a concentrar excesivamente —cúlpese de ello al protestantismo— el poder monárquico», con perjuicio de las instituciones representativas que se habían forjado desde la Edad Media y que tan importantes habían sido para el funcionamiento de los reinos. Al dejar que el Santo Oficio actuase, Felipe II cumplió los deseos populares. «Ciertamente que en este punto pocos reyes habrá habido en el curso de la historia que hayan sido intérpretes más exactos de esa opinión pública, a la cual se conceden hoy generosamente los atributos de la soberanía» (103).

Con una larga cita de Prescott, oportunamente manejada, Valentín Gómez sostiene el carácter preventivo que tuvieron los castigos que entonces se impusieron, de forma que tuvieron «un gran fondo de clemencia en la misma severidad». Gracias a ellos se logró extirpar la herejía del suelo hispano y nunca más se volvieron a dar nuevos brotes, logrando preservar la unidad religiosa y política durante siglos. Comparado con lo que estaba sucediendo en Europa, se constata que tuvieron un efecto positivo. Es más, según el autor, no impidieron que en aquel siglo España alcanzase la mayor gloria política y en la ciencia, «ningún pueblo europeo puede mostrar mayores glorias científicas y literarias en aquel siglo que el pueblo de la Inquisición y Felipe II» (104). Recogiendo la tesis de Menéndez Pelayo y de los autores integristas, el autor sostiene frente a los liberales que la represión religiosa, lejos de ser el motivo de la decadencia, lo fue de la grandeza nacional. Gómez no se desgasta en un panegírico del Santo Oficio, lo importante es demostrar que en su presente los gobiernos son más crueles.

Para Valentín Gómez, el origen de la Guerra de las Alpujarras no está, como pretende Prescott, en el incumplimiento por parte de los sucesores de los Reyes Católicos de las capitulaciones de Santa Fe. Se sabía que su conversión final «no fue sino por gozar de sus riquezas en la Península y la hermosu-

(101) A. CABANILLES: *Historia de España*, vol. V, *op. cit.*, págs. 348-349.

(102) F. CABALLERO: *Vida de Melchor Cano*. Imprenta del Colegio de Sordomudos y Ciegos, Madrid, 1871.

(103) V. GÓMEZ: *Felipe II*, *op. cit.*, págs. 53-54.

(104) *Ibid.*, pág. 55.



ra y fertilidad de la tierra en la que habían nacido. Pero su corazón era instintivamente rebelde al dominio de los cristianos» y no eran más que bárbaros, tan bárbaros como los del «Turkestan», carentes de nobleza y de buenas intenciones (105). Efectivamente, se habían convertido, pero no eran «sino hipócritas apariencias con las cuales intentaban ocultar su fanática afición a las torpes ceremonias de su secta y su vana, pero firme, esperanza en recobrar el poder perdido» para volver a fundar España como «nación» mora.

El Rcy Prudente intentó controlar el «descenfreno» que se daba en sus ceremonias y algunas danzas que excitaban la lascivia para que perdieran «su tradicional carácter y su repulsión a españolizarse de veras». Y es que para el autor, la «sensualidad» y las «bajas pasiones» son incompatibles con el carácter español. Los moros convertidos daban un ejemplo en «extremo corruptor, y bastaba para contaminar una comarca, ya de por sí dada a los placeres por el torpísimo consorcio en que había vivido con las africanas y por la influencia de un clima sobrado delicioso para que no fuera acicate de los apetitos» (106). Aunque insiste en el odio de «raza» entre españoles y moriscos convertidos, también aclara que no hay «valladar bastante fuerte para contener el efecto de los hábitos licenciosos y carnales». Esto es lo que les hace más peligrosos que los focos protestantes de Valladolid y Sevilla. Una visión que poco tenía que ver con las monografías que se habían escrito sobre los moriscos (107), ni con la que poco después planteará Forneron convirtiéndolo a los moriscos en adalides de civilización (108).

La sublevación de las Alpujarras comenzó con «trazas de bandolerismo» y desde el principio contó con el apoyo de los turcos que, a través de su alianza con los moriscos, pretendían ensanchar su influencia e incluso penetrar en la Península. D. Juan de Austria salvo la situación. Efectivamente, el rey tomó decisiones importantes desterrando a los moriscos granadinos y por clemencia no los expulsó de España. Esta dureza fue el resultado de la preocupación del monarca y de la presión popular que ante la convergencia de la revolución protestante «no pensaban sino en apretar los lazos de la unidad religiosa en España como sólido antemural contra las invasiones de la discordia europea» y la amenaza turca (109). Su visión sobre la guerra de las

(105) *Ibid.*, pág. 96.

(106) *Ibid.*, pág. 98.

(107) F. JANER: *Condición social de los moriscos de España: causa de su expulsión y consecuencias que ésta produjo en el orden económico y político*, Madrid, 1857; J. MUÑOZ Y GAVIRIA: *Historia del alzamiento de los moriscos, su expulsión de España y sus consecuencias en todas las provincias del reino*, Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1861.

(108) *Historia de Felipe II, op. cit.*, págs. 168 y ss.

(109) V. GÓMEZ: *Felipe II, op. cit.*, págs. 102-103.

Alpujarras es más dura con los moriscos que la de Muñoz y Gaviña algunos años antes (110).

En este marco de lucha contra los moriscos, Valentín Gómez presenta el éxito de la batalla de Lepanto rodeada de los mayores opeles. La escueta y sustanciosa descripción que hace de esta batalla y sus efectos, la convierten en el aspecto más glorioso del reinado y casi del siglo. Una vez más es D. Juan de Austria el protagonista de tal triunfo, porque en esta batalla definitiva que ponía «término a una guerra de siglos, de razas, de civilizaciones y de creencias, apenas se concibe la falta de un rey» que era «el brazo de la Cristiandad». Pero ésta era su condición personal: en un tiempo asolado por las guerras y revoluciones, «monarca de bufete, aborrecía la guerra» (111). No obstante, allí estuvo el hijastro y heredero espiritual de Carlos V, D. Juan de Austria, porque «Felipe era una cabeza necesitada constantemente de robustos brazos; dioselos por fortuna la providencia». Para Gómez, Lepanto es como El Escorial: el «símbolo risueño de un porvenir de gloria; más bien significaba el último y brillante resplandor de una grandeza próxima a hundirse en el sepulcro del rey» (112).

#### G) FELIPE II CONTRA ENEMIGOS Y HEREJES: LA GUERRA DE FLANDES

Felipe II, según Gómez, es un rey pacifista obsesionado por la paz que hace la guerra cuando no le queda otra alternativa, es decir, cuando está la religión de por medio. Al autor no le interesa ningún conflicto que no tenga una fácil justificación en la perspectiva de lucha contra la herejía. Desde este planteamiento dedica una atención mínima a la conquista de Portugal, que queda reducida a consecuencia lógica del «derecho» de sucesión. Es cierto que tuvo una gran importancia al permitir un solo Estado en la Península Ibérica, «una nacionalidad a la moderna», pero se deshizo inevitablemente con Felipe IV, «dada la incompatibilidad tradicional de los dos pueblos» (113). Lo que para casi todos los historiadores, muchos de ellos de un militante iberismo, fue un acontecimiento importante, llegando a ser para algunos el más señalado del reinado (114), aquí pasa desapercibido. Como Cánovas (115), a la Armada Invencible tampoco le dedicará más que una superficial referencia. América,

(110) *Historia del alzamiento*, op. cit., págs. 117 y ss.

(111) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 106.

(112) *Ibid.*, pág. 179.

(113) *Ibid.*, pág. 111.

(114) H. FORNERON: *Historia*, op. cit., págs. 278 y ss.

(115) A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Bosquejo histórico*, op. cit., págs. 55-169.

esa gran proyección de la «españolidad» no merece la atención de Gómez. Las campañas en el norte de África o el Mediterráneo, a excepción de Lepanto, tampoco son analizadas. Apenas dedica atención a lo que se entendía como líneas de continuidad con la política de los Reyes Católicos.

Gómez está decidido a convertir las grandes decisiones de Felipe II en la expresión de un verdadero príncipe cristiano y nada mejor para comenzar que la justificación de su matrimonio con María Tudor (116). Según él, fue un enlace concebido por Carlos V para traer a Inglaterra al seno de la Iglesia y, por supuesto, ésta fue también fue la intención de Felipe al esposarse con una mujer bastante mayor que él y desprovista de atractivo físico. Una decisión que llevó adelante a pesar de «la nobleza (inglesa) corrompida no podía volver sinceramente al seno de una Iglesia que reprobaba sus crímenes» (117). La conducta del rey fue intachable y aconsejó a la reina una política prudente, pero ésta carecía de tacto político. Felipe «no influyó para nada en las persecuciones, más disculpables que oportunas, que siguieron a la restauración católica». Evidentemente, si Inglaterra se hundió en la herejía no fue por culpa de Felipe II.

No obstante, la mayor dificultad que encontró nada más acceder al gobierno el nuevo rey fue la beligerante posición que adoptó el papa Paulo IV contra los españoles en Italia. Un capítulo éste en el que se evidencia su fuerte deuda con la información proporcionada por Prescott (118). Buscando la independencia de aquella península, hacia la que «todos los pontífices han dado mayores muestras que los modernos patriotas, sistemáticos perseguidores de la Santa Sede so capa de patriotismo» (119), el Papa solicitó la alianza con Francia para echar a los españoles de Nápoles. Una valoración negativa con el papado, que poco después desarrollará con más detalle Fernández Montaña (120). La habilidad, la prudencia del duque de Alba y la victoria de San Quintín, forzaron a «amansar al iracundo pontífice» que se benefició de las generosas condiciones de paz ofrecidas por un rey «tan humilde y devoto hijo de la Iglesia» (121). Felipe II actuó como un príncipe cristiano enfrentándose a un Papa nacionalista.

Prescott será su guía para componer el capítulo referente a los sucesos de «Flandes» y a su cita recurrirá para sacar unas conclusiones que en más de

(116) En lo referente a Inglaterra seguirá muy de cerca la información de Prescott, *Historia del reinado*, op. cit., vol. I, págs. 109 y ss.

(117) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 26.

(118) *Historia del reinado*, op. cit., vol. I, págs. 146 y ss.

(119) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 35.

(120) *Nueva luz*, op. cit., págs. 547 y ss.

(121) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 37.

una ocasión poco tienen que ver con el sentido del texto de Prescott. V. Gómez traza el panorama de los Países Bajos en clara contraposición con lo ocurrido en España. En su opinión, ambos son los territorios más importantes de la Monarquía Católica y ambos sufrieron la presión de la herejía. Fue la idiosincrasia de sus pueblos, su situación geográfica y la distinta actuación del rey, lo que marcó la diferencia en los resultados.

Por su situación, en los Países Bajos se daba lo que para Valentín Gómez es motivo permanente del mayor peligro: la comunicación de opiniones, porque de ello siempre nacen problemas para la limpia trayectoria de una nación. Claramente, para él la virtud está en el aislamiento de la nación y, en este sentido, la propia existencia de una Monarquía con tantas naciones en su seno era una anomalía. Con un intenso comercio y en medio de Europa, en los Países Bajos pronto entró la herejía, tanto más cuando «casi todo el mundo sabía leer». Aquí Felipe II tuvo que habérselas «no con filósofos idealistas, ni con maestros de escuela entretenidos en soñar teorías religiosas, sino con revolucionarios que manejaban a un tiempo la pluma y la espada y que así querían trastornar los fundamentos de la religión, como dar en tierra con los gobiernos legítimamente constituidos» (122). Eran del el mismo tipo de revolucionarios que los protestantes españoles, pero en los Países Bajos se trataba de núcleos más amplios y peligrosos vinculados a los grupos revolucionarios de Alemania, Francia e Inglaterra, que les ayudaban para destruir a España.

Valentín Gómez concede una gran importancia a la actuación de la Monarquía francesa, porque «no nos ciegue el patriotismo hasta el punto de desconocer que si Francia hubiera puesto resueltamente su brazo al servicio del catolicismo, la Reforma hubiera muerto al nacer» (123). Para Gómez es un infundio sin fundamento las acusaciones que se han vertido contra Felipe II de pretender «una Monarquía Universal» cuando actuó en favor de los católicos franceses. La acción del rey se dirigió constantemente a un mismo objetivo: «el triunfo del catolicismo y la ruina de la herejía protestante» con gran desinterés y abnegación (124). Es significativo comparar la visión que da Gómez de la intervención de Felipe II en Francia, con la que dará poco después Forneron desde una perspectiva nacional francesa (125). Evidente-

(122) *Ibid.*, pág. 109.

(123) *Ibid.*, pág. 165.

(124) *Ibid.*, págs. 166-167.

(125) Historia de Felipe II, *op. cit.*, págs. 92 y ss. Para una visión más completa de la historiografía francesa del periodo sobre el siglo XVI hispano *vid.* B. PELLISTRANDI: «L'Espagne comme puissance catholique. La politique de Charles Quint et de Philippe II selon les historiens français du XIX siècle», en J. MARTÍNEZ MILLÁN/C. REYERO: *El siglo de Carlos V. op. cit.*, vol. I, págs. 195-215.

mente, Gómez está recreando una visión negativa de lo francés de clara proyección en su presente histórico. En ella, resalta su carácter esnobista y lleno de un oportunismo político incompatible con la defensa sincera del catolicismo.

Para frenar la revolución hacía falta prontitud de reflejos, decisión y firmeza, un conjunto de características de las que carecía el rey. Mientras Felipe II se entretenía en consultas y «luchaba con sus propias dudas», la revolución crecía. Una vez más, los religiosos pedían al rey decisión sin conseguirlo. Prescott ya había insistido en las vacilaciones de Felipe II hasta convertirlo en una de las características de su sistema de gobierno, un punto que se convertirá en un tópico de la historiografía posterior (126). Constantemente, en el libro de Valentín Gómez, los religiosos actúan como conciencia del soberano y le recuerdan sus obligaciones, pero no consiguen vencer la parálisis real. Tantas veces como anunciaba el viaje a sus estados, acababa por suspenderlo de forma que nunca llegó a realizarlo. La visión de Gómez sobre estos sucesos, resulta notablemente más simplista de la que Mignet había ofrecido en 1845 (127) y que desde entonces no había dejado de enriquecerse. Forneron, tratará este aspecto con más complejidad (128).

Sin presencia del rey, sus súbditos de los Países Bajos se tuvieron que contentar con el gobierno de unos enviados en cuya elección no siempre acertó. Así el duque de Alba, insigne militar, fue «en aquellos momentos el hombre menos a propósito para gobernar los Países Bajos. Carecía de dotes políticas y sobrábale dureza de carácter» (129), su actuación contribuyó a radicalizar la situación. Felipe le envió en medio de su crisis de pánico ante la tesitura de tener que ir él mismo y su cobardía tuvo consecuencias funestas. Los condes de Egmont y Horn fueron ajusticiados cuando lo que habían hecho se debía más a la «falta de entendimiento que por avisas intenciones contra la fe o contra España». Valentín Gómez se pregunta ¿cómo Felipe II no escuchó las súplicas de sus mejores consejeros que le pedían clemencia o por qué no fue el rey a los Países Bajos? Su respuesta es inequívoca «¡Ah! No; Carlos V no hubiera encomendado a nadie la tarea de someter aquellas provincias; Carlos V no hubiera permanecido en España una vez convertida la rebelión en guerra. La magnanimidad del Emperador no se hubiera contentado con matar secretamente a Montigny en el castillo de Simancas» (130).

(126) *Historia del reinado*, op. cit., vol. II, págs. 597-633.

(127) *Antonio Pérez y Felipe II*, op. cit., págs. 42 y ss.

(128) *Historia de Felipe II*, op. cit., págs. 123 y ss.

(129) V. GÓMEZ: *Felipe II*, op. cit., pág. 116.

(130) *Ibid.*, págs. 118-119.

En el *Felipe II* de Gómez el conflicto de los Países Bajos es el que mejor contribuye a dejar claro cuales son las consecuencias que para los destinos de la Monarquía tuvo la nada valiente y decidida personalidad del rey. Llevando su razonamiento hasta el final, Gómez se pregunta «¿Quién sabe, en fin, lo que el vencedor de Lepanto hubiera hecho en el puesto de Felipe II» (131). En la estela de Cánovas, los grandes genios y héroes son Carlos V y D. Juan de Austria. El gran defecto de Felipe II es el de haber sido en el fondo un débil acomplejado y paralizado por la magnitud de unos compromisos e intereses, que sólo unos genios como aquéllos eran capaces de manejar. Frente a las acusaciones sobre el carácter monstruoso del rey, el autor le dibuja débil y sumergido en crisis de pánico.

España, con Felipe II a la cabeza, luchó contra la herejía en todos los frentes y fue una lucha justa, pero excesiva y poco realista, derivándose de tan inconmensurable empeño, el empobrecimiento y el agotamiento de España. «Si las desdichas de Flandes y el empeño de Felipe en sostener años después a los partidarios de la *Liga* contra todas las posibilidades de éxito, y el exceso mismo de nuestro poder en el mundo, no hubieran puesto a España en la pendiente harto rápida de la decadencia» (132). Es decir, el sostenimiento del gran entramado de posesiones que configuraba la Monarquía Católica, más que cualquier otro elemento, fue el «error» y lo que precipitó la decadencia de la Monarquía. Nada tiene que ver la decadencia con la represión religiosa, ya que la intransigencia frente a los herejes no fue un obstáculo para el conocimiento y la grandeza de la nación. Una visión de la decadencia que contrasta mucho con la que Amador de los Ríos o Ferrer del Río había desarrollado (133). Gómez estaba lanzando un claro mensaje político cargado de significado en el agitado debate sobre la naturaleza histórica de la nación y del Estado a comienzos de la Restauración.

Para V. Gómez la historia existe, no es un pasado presente, como para los integristas. Evidentemente, las nuevas aportaciones favorecen una interpretación contraria a la leyenda negra y desde aquí lanza una cerrada defensa del papel de la Monarquía y del rey. Utiliza la filosofía de la historia balmesiana, combinada con buena parte de las interpretaciones de Cánovas o de Menéndez Pelayo, recogiendo bastante información de Prescott. Es evidente que Menéndez Pelayo o Gómez están más cerca de Cánovas que de la cerrilidad integrista, aunque se acerque a ellos en lo relativo a la herejía. En realidad, su obra de «recta» divulgación y de defensa de la Monarquía, bien po-

(131) *Ibid.*, págs. 119-120.

(132) *Ibid.*, págs. 55.

(133) R. LÓPEZ-VELA: «Judíos, fanatismo», *op. cit.*: *Ibid.*: «Comunidades, ciudades», *op. cit.*

dria serlo también del canovismo, aunque con algunos matices respecto a la tolerancia y el grado de confesionalidad del Estado. Las nuevas aportaciones de la historiografía tienen una lectura, aparentemente aséptica, que fortalecen una visión conservadora. Es, por supuesto, una interpretación interesada, como lo será la de Forneron tan cara a republicanos y anticlericales. Ambas recogen aportaciones historiográficas para proyectarlas en su interpretación política, aplicando los necesarios ajustes. En cualquier caso, la de Gómez es seguramente la visión global sobre Felipe II más solvente de cuantas se escribieron en estos años desde una perspectiva conservadora.

En la obra de Gómez, las «terribles» circunstancias justifican las decisiones más duras del rey, se defiende su persona de la «mentira», pero se reconoce su debilidad y sus miserias humanas. Su rigidez, sus complejos y su comportamiento rancio, le convierten en un personaje desagradable, cuya personalidad no puede actuar de «espejo» de reyes. Gómez le justifica, pero está lejos de convertirle en modelo, más bien le relega al rincón de un pasado heroico en que tanto bueno se hizo y tantos errores se cometieron. Errores «españoles», porque Felipe II es el rey más propiamente español y, por tanto, la responsabilidad, como también señala Forneron, es del rey y de un pueblo que se identifica plenamente con él.

Claramente Gómez y Menéndez Pelayo están abogando por una Monarquía sujeta al imperio de la ley, que ha de escuchar a su pueblo a través de sus representantes. Un rey con una política nacional y católica, nada de aventuras internacionales, apoyada en un pueblo católico y en unas Cortes que nunca se deben suspender, como tampoco hizo Felipe II. Éste es el modelo que proponen para su contemporaneidad: una Monarquía confesionalmente católica y paternalista, no tan incompatible con la Constitución de 1876, que mantiene a la sociedad sujeta a valores nacionales y confesionales ajenos a la «libertad religiosa». Mas que otra cosa, esta última es lo que separa a V. Gómez y Menéndez Pelayo de Cánovas, por mucho que el artículo 11 de la Constitución de 1876 fuese tan limitado al respecto.

El modelo de monarca para esta empresa no es el adusto Felipe II, sino el abierto y jovial Carlos V o su hijo D. Juan de Austria, pero con la política realista y nacional de Felipe II. Gómez explica perfectamente esta combinación «terrible era entonces la lucha; más terrible es hoy todavía. Entonces no salvaron el ánimo de Carlos V y la prudencia de Felipe II; hoy quizá sólo puede salvarnos quien reúna en sí mismo el ánimo de uno y la prudencia del otro» (134). En esta combinación están recogidas lo que debe ser un buen rey para su contemporaneidad. Una especie de D. Juan de Austria que, según Gómez, fue el protagonista de las mejores realizaciones del reinado de su

(134) *Felipe II*, *op. cit.*, pág. VI.

hermanastro. Una imagen que rechaza la negritud rancia y desagradable atribuida a Felipe II, cuya defensa retomaron los integristas, mientras se decanta a favor de un rey vital similar a Carlos V o D. Juan de Austria, lleno de iniciativa, jovial, políglota y popular. Una imagen cercana a la imagen de Alfonso XII y a los presupuestos historiográficos y políticos de Cánovas. A través de esta opción en torno a Felipe II o Carlos V, se expresaban dos formas de entender el pasado, el presente y el futuro de España, ambas conservadoras y católicas, pero con notables puntos de divergencia. La obra de Gómez demuestra hasta que punto las aportaciones de la historiografía en estos años, se utilizaron para justificar una visión del pasado desde la que alimentar una perspectiva política de presente y de futuro.